

VII
LOS JARDINES TOSCANOS

Al final del siglo XIV y durante todo el siglo XV Europa tuvo una gran sacudida de alegría. El hombre se puso a observar el mundo con una mirada nueva. Una multitud de horizontes inexplorados parecía abrirse ante él. Las artes habían tomado la delantera. Pero se volvían a examinar, a investigar y a inventariar todos los dominios del pensamiento. El mundo se presentaba como un gran astillero. Numerosas estatuas antiguas habían sido exhumadas. Y no solamente estatuas: se habían puesto al día los principales filósofos de la Antigüedad. Platón, Pitágoras, Anaxágoras, Diógenes Laercio, Zenón de Elea eran objeto de apasionadas discusiones. Se habían vuelto a encontrar Cicerón y Séneca, Plinio, Ovidio y Anacreón, los Principios de Arquitectura de Vitruvio y los Tratados Médicos de Hipócrates y de Galeno. Era la época en la que Marcilio Ficino y Pico de la Mirándola provocaban la admiración de todos por la extensión de su saber.

Pero los hombres no sólo volvían la mirada al pasado. Escudriñaban el porvenir con tal ardor que habrían de modificar las dimensiones del universo. Muy pronto Cristóbal Colón descubriría el Nuevo Mundo; Magallanes, al darle la vuelta, demostraría que la Tierra es redonda. Vasco de Gama abriría la ruta de las Indias. Galileo trastornaría la estructura del cosmos haciendo gravitar la Tierra alrededor del Sol. Todo parecía nuevo, vivo y rejuvenecido. Era el Renacimiento.

Nos cuesta hoy imaginar cuán ebrios de investigación y de descubrimiento estaban los espíritus. Sobre todo porque la ciencia avanzaba en medio de un cortejo de musas. No tenía todavía el rostro fruncido que hoy presenta. Todavía joven y sonriente avanzaba, coronada de rosas, por los surcos de la primavera. En una palabra, la alegría de vivir se desparramaba por todas partes.

Fue en Italia, y particularmente en Florencia, que vio la luz este prodigioso movimiento de las mentes. El hombre que de él fue la más perfecta encarnación es Leonardo da Vinci. Nadie ignora que, no contento con ser pintor, fue también arquitecto, fundidor de cañones, constructor de fortalezas y de canales, especialista en balística, urbanista, físico, anatomista. En vano se buscaría un dominio en el que no hubiera aplicado los recursos de su genio. Pero lo que no es tan sabido es que

inscribió en sus *Cuadernos* una frase que parece definir el principio que inspira todas las diligencias de su mente: «*L'amore di qualunque cosa e figliuola d'essa cognizione*» - «el amor de todas las cosas es hijo de su conocimiento». Esto hubiera también podido ser la divisa de Florencia.

¡El conocimiento! Éste dominaba todo, guiaba todo, esclarecía todo. No había ningún objeto al que no se aplicara. Permitía explicar los más complejos fenómenos de la naturaleza, quizá inclusive descifrar las Leyes Fundamentales del Universo. No sólo dotaba al hombre de poderes infinitamente superiores hasta los que entonces había poseído. Lo llevaba a la comprensión y, a través de la comprensión, a la conciencia de lo bello, lo verdadero y del bien, que Platón afirmaba ser la meta suprema de la actividad del hombre.

Fue entonces que Cosme de Medici, alias el Viejo (1389-1464) y sus nieto Lorenzo, conocido como el Magnífico (1449-1492) se propusieron construir alrededor de Florencia jardines en los que se expresara plenamente este nuevo ideal. Ya no serían jardines de evasión y de sueño, como los jardines chinos; ni jardines de nostalgia y deseo, como los paraísos babilonios; ni oasis de voluptuosidad, como los jardines árabes. Tampoco serían copias de los antiguos jardines romanos que no eran, en el mejor de los casos, más que decoraciones de teatro, destinados a reforzar el «*standing social*» de sus poseedores. Serían jardines destinados a glorificar la espiritualización del hombre, a través de sus esfuerzos para acceder a la universalidad.

Ya desde su juventud, a Lorenzo le había resultado placentero pasearse en el jardín de la Villa Careggi, una propiedad que su familia poseía en las cercanías de Florencia y en donde su abuelo Cosme había reunido una notable colección de mármoles antiguos. Allí él había podido admirar los bustos de Venus, de Hércules y de Apolo, traídos de Cirenes, de Samos o de Chipre, colocados a lo largo de calzadas bordadas de mirtos y de laureles.

Él allí había adquirido el gusto por los espacios verdes adornados con estatuas y se había puesto a soñar en que él mismo construiría algunos así cuando fuera grande. Pero con los años sus ambiciones se habían ampliado. Por bello que fuera, el jardín de Careggi no era más que un jardín privado, una fantasía

de coleccionista. Lorenzo quería que el suyo fuera una obra de arte pública, susceptible de servir para la gloria de Florencia, esa ciudad que él proyectaba hacer una de las metrópolis más grandes de occidente.

Apenas tomara cuerpo su proyecto, lo sometió a la aprobación de la *Academia de los Lincei*, esa compañía de artistas y pensadores cuya sede era el Palacio Pitti y cuyos trabajos tenían por objeto realizar la síntesis entre el idealismo platónico y el humanismo cristiano. Lorenzo, que había heredado la piedad de su madre era un asiduo lector de Platón, cuyos *Fedro*, *Timeo*, *Critias* y *El Banquete* habían jugado un papel decisivo en la formación de sus pensamiento. Totalmente impregnado de olimpismo – la doctrina que afirma que la belleza es inseparable de la divinidad – estaba convencido de que el culto de lo bello y la búsqueda de lo verdadero eran los caminos más seguros para acceder a la inmortalidad.

Una vez terminados los estudios preparatorios el nieto de Cosme pidió a los artistas más grandes de su tiempo que contribuyeran a su realización, en particular, a Leonardo da Vinci, a Antonio de Sangallo, a Bramante, a Miguel Ángel quien todavía era joven pero ya se había dado a notar por un fauno, algunos dibujos y un admirable bajo-relieve que representara el combate de los centauros y de los Lapitas. Los trabajos habrían de extenderse a lo largo de una decena de años. Además de los innumerables escultores, arquitectos y talladores de piedra, requirieron de todo un ejército de aplanadores, albañiles, hidráulicos y horticultores porque, en la mente de Lorenzo se trataba ni más ni menos que de remodelar de arriba a abajo el Valle del Arno, para crear allí un jardín como el mundo no hubiera hasta entonces, nunca visto.

El Arno contaba cuatro pequeños afluentes. Para empezar el proyecto preveía volver a dibujar sus lechos y bordarlos con muelles adornados de balaustradas y de hacerlos verterse en el río por cuatro cascadas que pasaran bajo el mismo número de arcos del triunfo rematados con trofeos y grupos alegóricos que representarían las cuatro estaciones del año y las cuatro edades de la vida.

Posteriormente se procedería al aprovechamiento de las dos riberas cuyas pendientes se igualarían para tallar allí cuatro

*El jardín del
Ideal*

<p>terrazas sobrepuestas, ligadas entre ellas por escaleras monumentales. Estas terrazas debían tener una significación simbólica como lo indicaban sus nombres: eran la terraza de los Héroes, la terraza de los Filósofos, la terraza de los Santos y la terraza de las Virtudes. Esta última – la más alta – había de estar plantada con árboles cuya frondosidad se perfilaría sobre el cielo. Por último cada una de las terrazas tenía que estar decorada con estatuas cuyos temas serían una ilustración del rol particular que se les había reservado.</p> <p>En la primera se erigirían las efigies de los héroes más ilustres de la Antigüedad: Aquiles, Patroclo, Ajas, Teseo, Pericles, Alejandro, Eneas, Rómulo, Escipión el Africano, César ...</p>	
<p>En la segunda se desplegarían los retratos de los pensadores más grandes de Grecia y de roma. Pitágoras, Heráclito, Sócrates, Platón, Aristóteles, Diógenes, Epicuro, Marco Aurelio ...</p> <p>En la tercera se verían los santos más venerables de la Cristiandad: San Pedro, San Pablo, San Juan, San Atanasio, San Jerónimo, San Lorenzo, San Agustín, San Benedicto, San Gregorio el Grande ...</p> <p>Por último, en cuarta, que sería también la más elevada, habría estatuas alegóricas representando a las cuatro virtudes a cardinales: la Fuerza, la Templanza, la Prudencia y la Justicia, a las cuales, Lorenzo el Magnífico habría hecho añadir la Tenacidad, la Bravura y el Honor.</p> <p>(Nótese bien: esta última terraza ya no comportaba retratos, sino únicamente «alegorías». Eso tenía que ver con el hecho de que, habiendo alcanzado este nivel la vida se despojaba de todo carácter individual y ya no podía ser aprehendida más que bajo la forma de símbolos).</p> <p>Pero con haber dicho todo eso todavía no se había avanzado mayormente, pues no se había aún descrito más que el aspecto exterior de éste jardín. Ahora bien, su forma era mucho menos importante que el espíritu de las manifestaciones que estaban llamadas a tener lugar en él. Cada terraza, en efecto, estaba destinada a servir de marco a una actividad particular y todas</p>	<p>Subir de una terraza a la otra es acercarse a la Perfección.</p>

<p>estas actividades, sumándose unas a las otras, debían permitirle al hombre que llegara a la Perfección.</p>	
<p>Leonardo Da Vinci tenía razón «el amor por todas las cosas es hijo de su conocimiento». Es por ello que cada terraza estaba concebida para desarrollar al máximo las facultades morales e intelectuales de quienes tuvieran acceso a ellas. Cada una de ellas estaría tapizada con césped sobre el cual se levantarían exhibidores – tablados cubiertos de manteles adornados con guirnaldas de flores llevando platillos delicados, canastas con frutas y aguamaniles de plata conteniendo bebidas frescas. En cada extremidad de estas inmensas salas de recepción a cielo abierto se levantarían estrados, recubiertos con una ligera reja con la que se entrelazarían rosales montantes. Sobre estos estrados tomarían su lugar grupos de músicos que tocarían flauta y rabel, tiorba y viola, quienes harían oír conciertos sucesivamente heroicos y suaves. Allí, en el intervalo de los cantos y de la música los invitados del Príncipe se les induciría a encontrarse para librarse entre ellos «a las bellas conversaciones».</p>	
<p>En la primera terraza los coloquios deberían tener por tema las proezas realizadas por los héroes de la Antigüedad. Allí se comentaría a Homero y a Virgilio, a Tito-Libio o a Plutarco, estableciendo paralelismos entre la fogosidad de Aquiles y la piedad de Eneas, la grandeza de alma de Héctor y la tenacidad de Escipión. A éstos coloquios seguirían largas discusiones sobre el significado profundo de sus vidas y sobre la mejor forma de transmitir la lección a los jóvenes para que a su vez éstos se convirtieran en los nuevos Pericles, en los nuevos Alejandro.</p> <p>En la segunda terraza se confrontarían los diversos sistemas por medio de los cuales los filósofos más grandes habían intentado suministrar a los hombres una regla moral. Allí se equipararían la <i>Ética</i> de Aristóteles con el <i>Manual</i> de Epicteto, los <i>Pensamientos</i> de Marco Aurelio y los <i>Diálogos</i> de Platón.</p> <p>Cada terraza habría de tener su «nivel» y este nivel correspondería a un «orden» de pensamiento. Mientras más se subiera, más se elevaría este orden. Así se iría hasta la terraza más alta – la de la Virtudes – en donde no serían admitidos más que los artistas y los sabios cuyos conocimientos o cuyas obras</p>	

<p>rebasaran a los de otros. Llegados allí, el Concejo de la Ciudad les conferiría los honores supremos. Pues para los hombres del Renacimiento, nada era más digno de ser inmortalizado que el hecho de haberle aportado al mundo un poco más de saber o un poco más de belleza. Así Florencia realmente se convertiría en una nueva Atenas ...</p>	
<p>Construir semejante jardín era una labor gigantesca, digna de inmortalizar al espíritu que lo había concebido. Los trabajos se emprendieron, pero no llegaron nunca a buen fin. La muerte de Lorenzo el Magnífico, sobrevenida en 1492, les puso un término brutal. El largo período de disturbios que siguió no permitió que se les retomara. Después de él, no hubo en Florencia un Príncipe suficientemente potente ni un gran Duque suficientemente ilustrado como para asegurar su realización. El jardín que debía aportarle a los hombres una imagen tangible del ideal platónico quedó, así, en estado de esbozo. Sus muros de contención, que empezaban apenas a brotar del suelo, fueron trastornados por Miguel Ángel en 1529, cuando se le encargó asegurar la defensa del Señorío frente a los asaltos de las tropas del papa Clemente VII. Nunca fueron reconstruidos. Posteriormente, los sitios que habían de serles reservados fueron recubiertos por los crecimientos sucesivos de la ciudad.</p>	<p><i>Una labor gigantesca nunca realizada</i></p>
<p>De este soberbio proyecto, nacido del genio mediciano, no subsistieron mucho tiempo más que algunos esbozos jaspeados de manchas cafés, hundidos en los archivos del Palacio municipal. Es allí donde yo los vi por última vez, en 1927 (D'Annunzio me había señalado su existencia y su interés). Desde entonces esos cartones a su vez desaparecieron, tragados por las devastaciones de la segunda guerra mundial, de manera que hoy no queda de ellos ya nada.</p>	